

## Jadiya Evans, ex cristiana, Estados Unidos

(parte 1 de 2)



Mi nombre es Jadiya Evans y esta es la historia de cómo mi esposo y yo abrazamos el Islam.

Recuerdo estar en la cocina de mi casa en la que vivía cuando tenía 7 u 8 años de edad, mirando por la puerta lo que ocurría afuera. Le pedí a un Dios que no estaba segura que existiera, y Le rogué que se mostrara ante mí si era real. Nada ocurrió.

También recuerdo que cuando tenía 9 o 10 años le escribí una carta a Dios y la escondí en el radiador de mi habitación, pensando que Dios, si existía, vendría a tomarla y respondería mis preguntas. Pero al día siguiente, la carta seguía allí.

Siempre se me dificultó aceptar la existencia de Dios, y entender las creencias que enseñaban en las iglesias cristianas. Aunque mis padres no eran muy religiosos y rara vez asistían a la iglesia, pensaban que era lo mejor para mí y mis dos hermanos que fuéramos a ella. Se nos permitió escoger nuestra propia religión cuando éramos muy jóvenes. Creo que tenía unos 6 o 7 años, y mis hermanos 1 y 2 años de edad, cuando escogí una iglesia metodista solo porque quedaba a pocas calles de mi casa, y mi hermano eligió una iglesia luterana porque también quedaba cerca y yo no la había escogido.

Fui a la iglesia hasta que tuve 13 años. Fui bautizada y confirmada cuando tenía 11. Hice el bautismo y la confirmación porque todos los niños que tenían 11 años recibieron la confirmación, y si no habían sido bautizados, se hacía el bautismo al mismo tiempo. Ya para entonces sabía que mis dudas acerca de Dios y las enseñanzas cristianas eran cosas que mejor me guardaba para mí misma.

Cuando tuve 13 años mi familia se mudó a otra ciudad donde no había iglesias a las que pudiéramos llegar a pie, y a mis padres no les entusiasmaba levantarse

temprano y llevar en el auto a los niños hasta la iglesia, de modo que nuestro entrenamiento religioso se detuvo hasta que tuve 15 años y mi madre halló una religión repentinamente. Ella comenzó a asistir a una iglesia Asamblea de Dios, a la que ocasionalmente arrastraba a mi padre. Yo fui voluntariamente. Había comenzado una búsqueda de Dios que no terminaría hasta que tuve 42 años de edad.

Recuerdo haber “nacido de nuevo”. Atrapada en el fervor del infierno y la condenación que predicaba el ministro de la iglesia de la Asamblea de Dios. Me hice “muy religiosa” pensando que finalmente lo había encontrado a “Él”. No lo sabía entonces, pero el fervor duró poco, ya que de nuevo comencé a tener dudas y preguntas sin respuesta.

A los 17 años conocí a la hija de un ministro asistente bautista y comencé a ir a su iglesia. Mi padre había abusado sexualmente de mí desde que tenía unos 6 años de edad y le conté sobre eso al ministro asistente. Él acordó con mis padres que me dejaran vivir con él y su familia en una especie de “hogar privado de acogida”. Mi padre le pagó \$100 dólares por semana. Mis padres también asistieron a la iglesia durante algún tiempo, hasta que el ministro divulgó desde el púlpito que mi padre era un abusador de menores. Hasta ese día, mi madre, mi padre y yo estábamos bautizados en esa iglesia.

Un día, después de pasar el día con mis padres, regresé a mi casa de acogida solo para encontrar la casa vacía. Limpia. Ni un solo mueble. Nos enteramos que el ministro había sido capturado por malversación de fondos de la iglesia, y él y su familia habían huido de la ciudad. Regresé a la casa de mis padres y al abuso.

Como resultado de lo que había hecho el ministro, la poca fe que tenía en Dios se perdió por completo y me volví atea. Durante los siguientes 25 años estuve fluctuando entre el deísmo, el agnosticismo y el ateísmo.

Cuanto tenía 26 años asistí a tres meses de Derechos de Iniciación para Adultos Católicos y luego fui bautizada y confirmada en la Iglesia Católica Romana. Se me había permitido pasar por alto todo el año de clases debido a que no había llamado a la iglesia para preguntar sobre la conversión sino hasta tres meses antes de la Misa de Vigila de Pascua, cuando se llevó a cabo la confirmación de adultos.

Había entrado en la religión católica con la misma filosofía que había escuchado una vez en Alcohólicos Anónimos: “Trae tu cuerpo, tu mente lo seguirá”. Realmente no creía en Dios ni en las enseñanzas centrales de la Iglesia Católica, pero necesitaba desesperadamente creer en un poder superior a mí, tanto que asistí fielmente a misa siete días a la semana, esperando que de alguna manera empezaría a creer. Pero después de muchos meses, comencé a darme cuenta de que esto no iba a suceder, y mi asistencia a misa pasó a ser solo una vez a la

semana, luego una al mes, hasta que cuando tenía 30 años y conocí al hombre que hoy día es mi marido y que no era católico, dejé de ir a misa por completo.

La primera persona en la vida a la que le dije que no creía en Dios, fue mi esposo. No creo que me haya tomado muy en serio al principio. No creo que él haya conocido jamás a un ateo. Y él no podía entender por qué yo había ido a una iglesia si no creía en Dios.

Mi marido es 29 años mayor que yo. Hemos tenido un matrimonio maravilloso por los últimos 10 años. Cuando nos conocimos, yo aún quería desesperadamente creer, y lo hice prometerme que cuando él estuviera en el cielo le pidiera a Dios que me diera la fuerza para creer y, si era posible, él mismo me enviase una señal, una que yo no podría atribuir a mi imaginación, de modo que yo sabría que realmente hay un Dios. Él siempre me prometió que lo haría.

Vivíamos en la Alabama rural cuando yo tenía 32 años. Desarrollé úlceras en ambas córneas, estaba legalmente ciega. Debido al daño que la infección le había hecho al tejido al que tendrían que adherirse unas córneas donadas, no podía encontrar un oftalmólogo que creyera que si me trasplantaba unas córneas éstas no serían rechazadas.

Todavía estaba buscando a Dios. Buscaba una esperanza de algo mejor cuando este mundo terminara. Alguna evidencia de la posibilidad de una existencia después de la muerte. Alguna forma de conseguirla.

Cuando era adolescente había visto a Pat Robertson en el Club700, y en mi juventud escuché fielmente al tele evangelista Rev. Jimmy Swaggert. En mis treintas, vi programas de la cadena *Trinity Broadcasting Network*. Todo ello mientras esperaba que alguno de los ministros diría algo que haría clic en mi mente, con lo que finalmente sabría: “¡Sí, realmente hay un Dios!” Ninguno de ellos dijo nunca nada que lograra que ocurriera esa conexión, en cambio muchos dijeron cosas que me confundieron aún más.

Durante los primeros 10 años después de que quedé legalmente ciega, intenté asistir a distintas iglesias, de nuevo a la bautista, de nuevo a la Asamblea de Dios, a una no denominacional, a la Iglesia de Dios, a la mormona, e incluso estudié sobre la Wicca. Pero siempre perdía el interés después de unos cuantos meses. Las cosas que enseñan las religiones sencillamente no concordaban. Había demasiadas cosas dejadas a la mera fe. Cosas que no tenían más prueba que la fe propia. No podía creer en algo cuando la única prueba eran algunas palabras en un libro que en gran medida no tenía sentido.

Recuerdo una noche cuando tenía unos 35 años, tendida en la cama rogándole a Dios, cuya existencia aún no tenía por cierta, y pidiéndole que si Él existía me condujera hacia alguien que pudiera ayudarme a creer. Pero no hallé a nadie.

A los 36 años compré una Biblia en Braille y comencé a leerla, de nuevo con la esperanza de hallar una prueba de la existencia de Dios. Pero siendo la Biblia tan difícil de comprender, conteniendo tantas cosas que realmente no pueden explicarse, perdí el interés después de leer apenas unos pocos de sus libros. Por esa época, aunque seguía deseando encontrar a Dios, abandoné mi búsqueda. Me había desilusionado por completo con la religión.

El 11 de septiembre de 2001 estaba sentada en mi computador. Fue antes de las 9 a.m. y, como era costumbre, tenía la televisión, que estaba puesta a mi derecha, encendida para tener ruido de fondo. Escuché el sonido que suena para notificar a los televidentes que se hará un anuncio de noticias importante. Dejé lo que hacía y me volví hacia el televisor. Un reportero comenzó a hablar mientras mostraban de fondo una de las torres del *World Trade Center*. Decía que había ocurrido un accidente. Un aeroplano pequeño había impactado una de las torres del *World Trade Center*. Estoy legalmente ciega, pero pude ver lo suficientemente bien que un avión pequeño no era lo que había chocado con la torre. El agujero era enorme. Y no pensé que fuera posible golpear algo tan grande por accidente.

Mientras veía, otro avión voló hacia la otra torre. No pude ver el avión, era demasiado pequeño para que lo pudiera ver, incluso durante las repeticiones instantáneas con mi cara prácticamente pegada contra la pantalla, pero vi la bola de fuego que explotó hacia fuera del edificio.

Salté y corrí hacia la habitación diciéndole a mi esposo que se apresurara y se levantara porque los terroristas estaban volando aviones contra los edificios del *World Trade Center*. Él salió de inmediato de la cama y fue a la sala, se sentó en su reclinadora y comenzó a ver la televisión. Eran más o menos las 9 a.m.

Con el paso del tiempo se anunció que un avión había chocado contra el Pentágono y que otro avión secuestrado había caído en Pennsylvania. Me pregunté: ¿cuándo terminará? ¿Y qué es lo que está pasando en el mundo?

En un momento el reportero dijo haber visto que algo como “escombros” estaban cayendo de los edificios. Mi esposo dijo que era gente que estaba saltando. Algo que nunca ha podido olvidar. Me sentí agradecida de que mi vista fuera tan mala que no pude ni siquiera ver algo que pareciera “escombros”.

El reportero dijo que una parte de la primera torre había caído del edificio. Su voz se escuchaba vacilante. Ahora me pregunto si dudaba de lo que veía. Porque luego supimos que no se había desplomado una parte del edificio. El edificio entero había colapsado.

Una reportera estaba llorando y un periodista la abrazó. Yo también lloraba. Y mi esposo me abrazó.

**(parte 2 de 2)**

Durante las semanas siguientes, lloraba sin razón aparente. Me subía al autobús y tenía que volver la cabeza hacia la ventana y fingir que miraba hacia fuera para que los demás pasajeros no vieran las lágrimas escapando de mis ojos.

Cuando estábamos en algún restaurante, tenía que utilizar mi servilleta para enjugar mis lágrimas antes de que otros comensales se dieran cuenta y se preguntaran si yo era alguna tonta.

En ese entonces era cristiana, y estaba preocupada y devastada. No podía entender cómo una religión podía promover tanta violencia, como decían los medios que hacía el Islam. Eso no tenía sentido para mí. Así que decidí averiguar por mí misma. De un modo u otro, tenía que saber la verdad.

Debido a mi ceguera parcial, estaba limitada a la información que encontraba en Internet. Encontrar libros sobre Islam en Braille o a tinta con una letra lo suficientemente grande como para que pudiera leerla, fue imposible. Era capaz de utilizar un computador porque tengo instalado un programa de ampliación con el que puedo agrandar la letra de la pantalla a un tamaño que puedo leer.

Hice búsquedas y comencé a leer sobre el Islam. Fui a sitios *web* que enseñan los fundamentos del Islam, y me uní a grupos virtuales de mujeres musulmanas, donde pude preguntar y recibir respuestas que luego confirmé a través de mis investigaciones.

Siempre he sido escéptica. Siempre se me ha dificultado creer en algo que no entiendo. Nunca pude creer en algo solo porque alguien decía que así era. Tenía que saberlo con la cabeza tanto como con el corazón.

Mientras estudiaba el Islam aprendí que el Dios que adoran los musulmanes es el mismo Dios de los cristianos y de los judíos, el Dios de Abraham y Moisés. Encontré que el Islam no promueve ni tolera el odio hacia los no musulmanes, ni tolera la matanza de personas inocentes.

Estudiando el Islam encontré las respuestas que los medios de comunicación no nos daban y descubrí que el Islam es la religión verdadera. *¡Alhamdulillah!* Leí una gran cantidad de evidencia convincente, pero las cosas que me probaron que Dios existe, que el Islam es la Religión Verdadera y que el Corán es la Palabra de Dios, están en el propio Corán. Cosas que son de naturaleza científica. Cosas que han sido descubiertas por los científicos apenas en el último siglo. El único que pudo saber estas cosas hace más de 1.400 años, es Dios.

Por ejemplo, un día estaba en un sitio *web* dedicado a algunas de las pruebas científicas en el Corán. Uno de los versículos en el Corán habla sobre la muerte de nuestro propio sistema solar.

**“El cielo se hendirá y se volverá como una rosa roja. ¿Acaso pueden negar alguna de las gracias que les ha concedido su Señor?” Corán 55:37-38**

Luego había un enlace que llevaba al sitio *web* de la NASA[1].

Cuando hice clic en el enlace no tenía idea de lo que iba a encontrar en la página siguiente, pero lo que vi me dejó sin aliento. Brotaron lágrimas de mis ojos. Supe —si aún tenía alguna duda— en ese momento, que el Islam es la verdadera religión de Dios. *¡Masha Allah!*

La página del enlace me mostró lo que parece una rosa roja. Era la “Nebulosa Ojo de Gato”, que es una estrella en explosión a 3.000 años luz de distancia. Había sido fotografiada por el telescopio espacial Hubble. Los científicos dicen que es el mismo destino que le espera a nuestro sistema solar. Los musulmanes se refieren a ella como la “Nebulosa de la Rosa”. Fue descrita en el Corán hace 1.400 años. La gente de esa época no tenía forma de saber sobre ella. Solo Dios podía saberlo.

El 12 de septiembre de 2002, día de mi cumpleaños, los científicos que utilizan el telescopio espacial Hubble encontraron una segunda Nebulosa de la Rosa. Un regalo de Dios para toda la humanidad. Esta vez los científicos la llamaron por su nombre correcto, “La Nebulosa de la Rosa”[2].

Después de aceptar en mi mente y en mi corazón que el Islam es la Religión Verdadera, supe que siempre fui musulmana y que lo único que me quedaba por hacer era profesar mi fe.

Miré en un directorio en Internet buscando mezquitas en mi comunidad. Llamé a la que quedaba en la ciudad más cercana y le dije a la persona que respondió el teléfono que quería convertirme al Islam, y le pregunté cuándo podía hacer mi *Shahada* (testimonio de fe). Me dijo que estuviera allí el sábado a las 4 p.m., cuando estaría el Imam presente. Le dije que iba a todas partes en autobús y le pregunté si no sería muy tarde para poder regresar a casa, y si era posible ir más temprano. Me dijo que no había problema, alguien me llevaría de regreso a casa. Llegué cumplida a la cita y, como lo había programado Dios, comencé mi nueva vida. *¡Masha Allah!*

Desde entonces me he dado cuenta de que ese día ocurrió el evento más importante de mi vida. Siempre pensé que lo más maravilloso que me había pasado era el día en que me había casado con mi esposo. Pero ahora sé que no fue así. El día más importante de mi vida fue el día en que hice mi *Shahada* y acepté el Islam como la forma de vida que Dios quiso que yo viviera. Fue el día en que reconocí que el Islam es el camino hacia la salvación, hacia el Paraíso, y tomé la decisión de seguirlo.

No puedo decir que mi conversión al Islam no asustó a mi esposo. Él creía todo lo que decían los medios sobre los musulmanes y su religión. No le gustaba que fuera a la *masyid* (mezquita) muchas noches a la semana y lo dejara aburrido en la casa. Una noche, después de que terminó de quejarse porque yo iba a ir a la *masyid* otra vez, me senté cerca de él y le dije con calma: “Nunca te pediré que

practiques una religión en la que no crees. Te amo demasiado para querer forzarte a eso. Pero quiero que aprendas sobre el Islam de modo que al menos puedas entender qué es lo que creo”. Luego me levanté y fui a la habitación para terminar de vestirme e ir a la mezquita. Lo besé, me despedí y me fui.

Cuando volví a casa, encontré que su actitud había cambiado por completo. Estaba brillante y alegre. Esa noche, antes de ir a la cama, él comenzó a aprender sobre la hermosa religión del Islam.

Mi esposo comenzó a asistir a la mezquita conmigo. Mientras yo estudiaba con las mujeres, él hablaba con un hombre y le hacía preguntas. En casa, leía cosas en Internet y libros que le habían prestado en la mezquita. Discutía diferentes cosas que aprendía, y cuando un reportero de televisión contaba el último mito o mentira sobre el Islam, yo lo señalaba y le explicaba la verdad.

Entonces llegó el día en que, con tono de sabelotodo, me contó sobre cómo debían practicarse ciertos aspectos del Islam, como si fuera un hecho, cosas que yo desconocía, y le pregunté cómo sabía sobre eso. Me respondió: “¡Lo sé porque está en el Corán!” Quedé estupefacta. ¡Él creía! ¡*Alhamdulillah!* Él sabía que el Islam es verdadero. ¡*Masha Allah!* Si estaba en el Corán, en lo que a él concernía, era cierto. 36 días después que profesé públicamente mi fe en Dios y Su Mensajero, el Profeta Muhammad, que Dios lo bendiga, mi esposo profesó la suya. ¡*Masha Allah!* Tuvimos una ceremonia de matrimonio islámico esa misma noche. Lloré cuando mi esposo hizo su *Shahada*. ¡Sabía que estaríamos juntos en la eternidad!

Un mes antes, un hombre en la mezquita me preguntó qué posibilidades creía yo que había de que mi esposo se convirtiera. No quería que este hombre tuviera muchas esperanzas o esperara de mí más de lo que podía dar, así que le dije sin rodeos: “Cero”. Le dije: “No puedo imaginarme a alguien cambiando sus creencias de forma tan dramática después de haber creído otra cosa durante 70 años”. Pero 14 días después de su cumpleaños número 71, él abrazó el Islam como su religión y su forma de vida. ¡*Alhamdulillah!*

En la comunidad musulmana hemos encontrado otra familia. Hemos encontrado la amistad, el amor y la aceptación que enseñan las religiones cristianas que habíamos practicado en diferentes momentos de nuestras vidas, pero que sentimos que nunca existieron realmente entre la mayoría de los miembros de las iglesias a las que asistimos.

La mayoría de los musulmanes de nuestra área son inmigrantes, pero no hemos encontrado intolerancia hacia los estadounidenses, sean musulmanes o no. Ambos fuimos bienvenidos en la familia del Islam desde la primera vez que cada uno de nosotros fue a la mezquita. Siempre nos hemos sentido bienvenidos y aceptados.

Desde que abrazamos el Islam, hemos encontrado dirección y propósito para nuestras vidas. Hemos hallado el significado de nuestra existencia. Nos hemos dado cuenta de que realmente estamos aquí solo por un tiempo breve y que lo que viene después es mucho mejor que los placeres fugaces que este mundo tiene para ofrecernos.

He encontrado un sentido de seguridad respecto a la vida después de la muerte que nunca había conocido antes. Ambos hemos empezado a ver problemas que antes nos parecían muy importantes como verdaderas oportunidades para crecer. Agradecemos a Dios por lo que tenemos, como por lo que no. Y Dios sabe más.

Hoy somos musulmanes. Aún me preocupo sobre el 9/11. Aún lloro cuando pienso mucho sobre los eventos de ese día. Mi esposo todavía recuerda a la gente saltando de los edificios. Nos gustaría poder decir de ese día que fue cuando “escuchamos” que las Torres Gemelas habían sido atacadas, pero lo vimos ocurrir, y fue lo más devastador que jamás ocurrió en nuestras vidas. Pero después de la tragedia viene la victoria. De la muerte viene el conocimiento de que tendremos una vida después de nuestra muerte, y la pasaremos juntos.

---

**Footnotes:**

[1] <http://antwarp.gsfc.nasa.gov/apod/ap991031.html>

[2] <http://www.cnn.com/2002/TECH/space/09/12/hubble.rose/>